

Resumen del Discurso de recepción de Aurora Egido en la Real Academia Española, el 8 de junio de 2014, y del Discurso de contestación de Pere Gimferrer:

La búsqueda de la inmortalidad en las obras de Baltasar Gracián

Aurora Egido analiza en las obras de Baltasar Gracián la evolución supuesta por la búsqueda de la felicidad transformada en la de la inmortalidad. Desde *El Héroe* a *El Criticón*, pasando por *El Político don Fernando el Católico*, *El Discreto*, el *Oráculo manual*, la *Agudeza* y *El Comulgatorio*, el jesuita aragonés asumió la doble intención de eternizar sus propias obras y a la vez otorgar gloria a los héroes y autores destacados en ellas por su probada excelencia. Y lo hizo en un doble plano, ético y estético, pues, para él, ser persona era también un estilo.

Gracián, a excepción del *camino real* por el que se transita en *El Comulgatorio* (obra de calidad comparable a los autos de Calderón o los cuadros de Rubens sobre la eucaristía), se acogió en el resto de sus obras a la imagen del bivio heracleo, vinculado a la épica grecolatina y a la exaltación de la monarquía austriaca. Pero ese símbolo clásico de los senderos que se bifurcan, adaptado en nuestro tiempo por Jorge Luis Borges, le pareció demasiado simple y lo combinó con el del laberinto vital y narrativo, ofreciendo una prosa tan compleja como la vida humana, reflejo a su vez de una sociedad confusa, dominada por las apariencias.

A lo largo del discurso, Egido relaciona las obras de Gracián no sólo con la épica clásica y la sátira menipea, sino con otros géneros del Siglo de Oro, como la filosofía moral, la picaresca, la poesía, la emblemática, el teatro escolar, la novela bizantina y las obras de filosofía moral, aportando nuevas fuentes y documentos, centrados particularmente en las tres partes de *El Criticón*. Entre ellas, cabe destacar las que vinculan esa obra con el *Filósofo autodidacto* de Ibn Tofail, la literatura sapiencial y las narraciones alegóricas a lo divino, incluido el *Laberinto del mundo* de Amos Comenio, aunque Gracián se apartara de su trasfondo religioso para volver a los clásicos. Esa senda humanística se refleja a todos los niveles, incluida la secularización que hizo Gracián de los símbolos y métodos empleados por la Compañía de Jesús. El curso de sus obras configura un camino de perfección educativa, presidido por la consecución prudencial de la virtud y de los méritos, donde se muestra la capacidad del hombre para alcanzar la más alta dignidad y remontar sus miserias gracias a las Humanidades.

Gracián, cuyo pensamiento anticipado se adelantó a su tiempo, particularmente con el *Oráculo*, ofreció en esa obra y en *El Criticón* sutiles e ingeniosos hilos de oro para encontrar salidas en el laberinto del mundo. El difícil e incierto camino de la inmortalidad, lleno de escollos, y que a veces sólo conduce a la cueva de la Nada, muestra no solo la necesidad de los hombres de permanecer en la memoria ajena, sino la lucha permanente de la literatura contra el olvido. El discurso no olvida el reflejo de esa obra en la literatura posterior, considerándola como uno de los mayores esfuerzos de universalidad, comparable al de Miguel de Cervantes en *El Persiles*, aunque Gracián dejara abierto el desenlace en manos de los lectores.

La autora, tras agradecer a los académicos su elección, rinde tributo en los preliminares a José Luis Borau, su predecesor en la silla B de la Real Academia Española, destacando la total y dignísima entrega de sus trabajos y sus días al cine y a la literatura.

El volumen incluye el *Discurso de contestación* del poeta y académico Pere Gimferrer, quien hace un recorrido sobre las publicaciones y méritos académicos de Aurora Egido, a la que conoció en el Patio de Letras de la Universidad de Barcelona cuando ambos eran estudiantes a finales de los sesenta.